

4-16-7-147

65-5
10

25

SERMON

PREDICADO EN LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE RELIGIOSAS
DE LA PURÍSIMA CONCEPCION DE GRANADA,
en la solemne funcion celebrada el 16 de Diciembre de 1869.

POR LA REAL É ILUSTRE HERMANDAD

DE LA

INMACULADA VÍRGEN,

SIENDO MAYORDOMOS

EL EXCMO. SR. CONDE DE FLORIDABLANCA
Y EL SR. D. CRISTÓBAL PEREZ DEL PULGAR,

Y SECRETARIO

EL ILMO. SR. D. ANTONIO MARÍA GONZALEZ VILCHEZ,

POR EL DOCTOR

DON SERVANDO ARBOLÍ,

Y CORONA POÉTICA

À LA

INMACULADA VÍRGEN MARÍA.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

GRANADA.

LIBRERÍA DE D. PAULINO VENTURA Y SABATEL.

Plaza de Bib-Rambla.

R. 29422

SERMON

PREDICADO EN LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE RELIGIOSAS
DE LA PURÍSIMA CONCEPCION DE GRANADA,
EN LA SOLEMNE FUNCION
celebrada el 16 de Diciembre de 1869 por la Real é Ilustre Hermandad
DE LA

INMACULADA VÍRGEN,

ERIGIDA CANONICA Y CIVILMENTE EN LA EXPRESADA IGLESIA,
CON ASISTENCIA DEL

EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL DE ESTE DISTRITO
Y DISTINGUIDA OFICIALIDAD MILITAR,

SIENDO MAYORDOMOS

EL EXCMO. SR. CONDE DE FLORIDABLANCA
Y EL SR. D. CRISTÓBAL PEREZ DEL PULGAR, Y SECRETARIO
EL ILMO. SR. D. ANTONIO MARÍA GONZALEZ VILCHEZ,

POR EL DOCTOR

D. SERVANDO ARBOLÍ,

Capellan de Honor en la de Reyes Católicos de esta Ciudad,
Catedrático de Patrología, Historia y Disciplina eclesiástica en el Real
Seminario Central de S. Cecilio, etc., etc.,

Y CORONA POÉTICA

Á LA

INMACULADA VÍRGEN MARÍA.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

GRANADA.

LIB. DE D. PAULINO VENTURA Y SABATEL.

1870.



SERMON

DE LA PRIMERA CONGRESO DE GRANADA

INMACULADA VIRGEN

EN LA CATEDRAL DE LA ESPERANZA DE GRANADA

CON DOMINIO DEL

EXCMO. SR. CAPELLAN GENERAL DE ESTE DISTRITO

Y DISTRINGIDA Y AGUSTIN MONTAÑA

EN LA CATEDRAL DE LA ESPERANZA

DE GRANADA EN EL AÑO DE 1820

Y EN EL D. D. DON JUAN PABLO DE LUNA Y PARRA

EN LA CATEDRAL DE LA ESPERANZA DE GRANADA

Impreso por acuerdo y á expensas de la Real Hermandad.

D. SERVANDO CABALLERO

En la imprenta de don Juan Caballero en la calle de San Juan

de Granada, en el año de 1820, y en el D. D. DON JUAN PABLO DE LUNA Y PARRA

EN LA CATEDRAL DE LA ESPERANZA DE GRANADA

Y CORONA PÉTICA

INMACULADA VIRGEN MARÍA

Donado á la Biblioteca

Universidad de Granada,

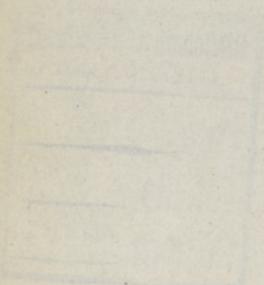
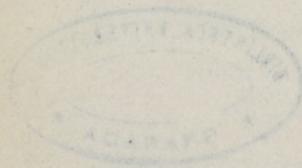
en memoria del malogrado

poeta

D. JUAN PABLO DE LUNA Y PARRA

GRANADA

En la imprenta de don Juan Caballero en la calle de San Juan



Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta.
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

*Ne timeas Maria; invenisti enim gra-
tiam apud Deum.*

No temas, María; porque has hallado
gracia delante de Dios.

LUC. I., 30.

EXCMOS. É ILMOS. SRES.

No hay consejo contra Dios. Sus inescrutables juicios, en que prepara la suerte de la humanidad en las diversas vicisitudes de los tiempos, se cumplen y se acatan á despecho de la impiedad y de la soberbia, lo mismo cuando destruye á Babilonia y los antiguos pueblos en castigo de sus prevaricaciones, que cuando edifica el muro de Jerusalem y hace brillar en su santuario la lámpara inextinguible de sus eternos esplendores. Á su poder infinito rinden homenaje los sabios y los poderosos, los príncipes y los imperios: unas veces se insinúa como la brisa suave que mueve la flor de los jardines, otras como el vendabal que troncha los añosos cedros y precipita las cumbres de las más erguidas montañas. Á Él sirvieron todas las revoluciones, porque en su omnímota soberanía las tornó en provecho de su causa, y suscitó los fuertes de Israel para obtener triunfos repetidos y ceñir inmarchitables lauros.

No puede temer María, como tampoco puede temer el Cristianismo. Aquella encontró gracia delante del Señor; este la ha vertido á torrentes sobre el hombre, sobre la familia, sobre las sociedades. Á la Madre del Unigénito no pueden llegar los tiros

de sus adversarios; á la Madre Iglesia no alcanzarán jamás los dardos de sus enemigos. Salomon sienta á su derecha en trono de marfil á la que le ha prestado el ser; el Eterno llama y entroniza á la Esposa, á la celestial Jerusalem, á esa que desciende del Empíreo adornada y revestida con galas de infinito precio. Pasad, herejes, libre-pensadores, impíos.... Pasad, como pasa el aluvion arrollando las frondosas laderas: corred, como centellas fugitivas que prenden en los cañaverales, como ardientes lavas de un volcan agostando la esperanzada miés del labrador, ¿qué importa? el sello de la abominacion está esculpido en vuestra frente; de la nada del error salisteis, á la nada del desengaño volvereis al terminar la carrera, y mientras tanto se alzar4 la Torre de David, la ciudad sobre el monte, la lucerna sobre el candelabro, para proteger é iluminar á los pueblos.

Señores, en presencia de dos misterios se encuentran las modernas generaciones: un misterio de pureza simbolizado en María, perpetuado en el Catolicismo; un misterio de abominacion significado en la herejía, favorecido por el espíritu libre-pensador de innumerables sectarios. Al primero ha rendido culto la tradicion de diez y nueve centurias, despues de saludarle en su nacimiento cuarenta siglos de esperanzas: al segundo, han prestado adoracion el sensualismo, la soberbia, la emancipacion de la razon humana, la rebelion contra el órden sobrenatural y todos sus monstruosos engendros. En aquel arrebat4 el alma el espectáculo de la Hija del cielo, vestida del sol, coronada de doce estrellas, con la luna bajo sus piés, pura y santa como el númen de la inocencia, trasunto de la belleza infinita. En este, se traslada al desierto, y allí ve una mujer sentada sobre una bestia bermeja llena de nombres de blasfemia, cercada de escarlata y púrpura, adornada de oro y ricas perlas, con el vaso en su mano lleno de abominacion, de la inmundicia de sus prostituciones. En su frente lleva escrito un nombre: *misterio*: Babilonia la grande, la madre de los vicios y de las abominaciones de la tierra. Esta mujer se embriaga con la sangre de los santos y de los mártires del Cordero, y cuando la vé y queda con grande admiracion absorta el alma, un ángel la dice: ¿por qué te maravillas? yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia: *¿quare miraris? Ego dicam tibi sacramentum mulieris et bestie.* (1)

Hay, pues, un doble enigma que debemos exponer esta mañana. Pero así como el discípulo de las revelaciones representó á la ciudad de prevaricacion recibiendo el condigno castigo de sus culpas, yo voy á demostraros que el *misterio* de la pureza de María vence el *misterio* de la abominacion de la sociedad moderna, vaticinada tambien bajo aquella misma figura.

Si habeis reflexionado sobre la descripcion del sagrado libro del Apocalipsis, notareis que la mujer nefanda, cuyo nombre es misterio, reúne tres caractéres, á saber: está sentada sobre una bestia, que tiene los nombres de blasfemia, lleva en su mano la copa de abominacion, se embriaga con la sangre de los escogidos: es Babilonia blasfema, Babilonia sensualista, Babilonia perseguidora. *Misterio de impiedad, misterio de impureza, misterio de persecuciones*. Pero la mano del Señor viene en nuestro auxilio; otro ángel nos lleva á la ciudad de Sion, en que habita la escogida entre millares. María no teme, porque ha encontrado gracia delante de Dios, y gracia tan copiosa, que por medio de ella se neutraliza y confunde la triple manifestacion de la mujer enemiga. Robustece la fe, para borrar los nombres de blasfemia; crea la santidad, para extirpar las abominaciones; alienta el espíritu, para dominar la persecucion. *Misterio de ilustracion y de verdad, misterio de pureza y justicia, misterio de valimiento y de auxilio*.

Estas tres señales brillantísimas de la sabiduría y del poder de Dios, se admiran sintetizadas en el dogma de la Concepcion sin mancha de María.

Imploremos los auxilios del Divino Espíritu, por la mediacion poderosísima de la misma Reina de los ángeles, saludándola reverentes.—AVE MARIA.

El Misterio de la Pureza original de la Santísima Virgen María es la antítesis perfecta de la corrupcion universal de nuestro lin-

je; corrupcion, que comenzando en la inteligencia por la soberbia, se deriva al corazon en la sensualidad é inficiona toda la naturaleza, haciéndonos hijos de ira y proscritos de la patria celeste. No hay ni puede haber excepcion alguna en esta ley que condena á los mortales, y si el racionalista pregunta la causa de esta solidaridad del pecado en el sistema católico, la fe le responde que Dios no debe á la criatura la elevacion al órden sobrenatural, y que siendo este don meramente gratuito, ha podido privar de él á los hombres en virtud de la culpa del primer padre, *en quien todos murieron*, porque *todos pecaron*, segun la expresion enérgica del Apóstol, y que para restaurar el órden primitivo ha sido necesario un nuevo Adan, en el cual comienza la universalidad de la gracia y de la vida, así como en el primero tomó origen la de la culpa y la muerte: *in Christo omnes vivificabuntur*. (2) La razon no comprende la trasmision de este reato, dicen los libre-pensadores, pero ¿comprende acaso ninguno de los grandes misterios de nuestra propia conciencia? ¿Alcanza el secreto de esa lucha interminable entre el bien y el mal, entre el órden y la concupiscencia? ¿No la vemos hoy mismo discutiendo á cada paso para explicar por medio de ineficaces teorías lo que la Iglesia Católica resuelve con admirable sencillez en sus dogmas?

María, sin embargo, ha sido preservada. El decreto de Asuero no comprende á la divina Esther, ni es posible que la destinada para Madre de Dios quede sujeta á la maldicion que pesa sobre los hijos de los hombres. Su Concepcion es el primer signo de la concepcion de Jesucristo ¿cómo habria de ser mancillada? Es aurora de vida para el mundo, ¿cómo, pues, han de envolverla las sombras de la muerte? Dios ha *podido* preservarla por los méritos previstos de su Hijo, *ha convenido* tambien que la preserve, porque es digno del Señor, digno de su gloria, digno del Plan Divino para restaurar al mundo; *luego lo ha hecho*, luego lo ha preservado: *potuit, deuit, ergo fecit*. Así racioninaba Scoto, cuando aun podia disputarse sobre ese Misterio augusto, que hoy es dogma de la fe católica.

No es ya nuestra mision comprobarlo, para robustecer la creencia de los fieles. Si tal fuera, os expondria los sólidos fundamentos en que se apoya, los oráculos de la tradicion sagrada, para demostrar contra los protestantes que no es contraria al sentir de

los antiguos Padres, y que ellos son únicamente los que han cambiado la doctrina de la Iglesia: evocaria los tiempos apostólicos, la autoridad de los tres primeros siglos con la luz que vierte por los labios de Orígenes, Tertuliano, y todos de consuno los grandes escritores de aquella edad venturosa. Descendiendo después, desde el siglo IV, os mostraría en S. Anfiloco, Proclo, San Fulgencio, S. Juan Damasceno y otros innumerables, los ardientes defensores de la Pureza de María. Estos testimonios, y la autoridad de los concilios hasta el de Trento, en su decreto sobre el pecado original, y las bulas de los Pontífices que autorizaron la fiesta del Misterio, Sixto IV, Pio V, Gregorio XV, Alejandro VII, y la práctica de las Iglesias de oriente y de occidente, y la consagración de esta misma creencia por el consentimiento de todos los pueblos, á cuya cabeza brilló España, la nación esencialmente mariana, forman una autoridad tan irrefragable que, aun prescindiendo del dogma, no puede ponerse en discusión por el pensador cristiano.

¡Cómo brilla en la frente de María la corona esmaltada que fabricaron los ángeles de la gloria! ¡Qué risueña aparece esa aurora de felicidad en el instante primero de su existencia! Llena de gracia, pero ¿qué gracia? pregunta el Padre San Bernardo: Una gracia singular, una gracia de plenitud, una gracia de la cual debíamos recibir todos, *de plenitudine ejus nos omnes accipimus*, (3) así como recibimos de Eva la perdición y la culpa. Después de adorar á Jesucristo, confesemos, dice el inmortal Bossuet, que lo más próximo á Dios es aquella criatura que, al hacerse hombre, se dignó escogerla para madre. (4)

Así, Señores, viene á confirmar en nosotros la fe, borrando los nombres de blasfemia que la impiedad vomita en nuestros aciagos días. El Misterio de la Concepción Purísima robustece en nuestros corazones el don sobrenatural del Señor, recordándonos la creación, la justicia original, la caída, la reparación, la gracia, la perpetuidad de este mismo beneficio transmitido á nosotros por el órgano de la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, sostenedora de la fe en el mundo, único apoyo de la razón humana para remontar el vuelo á la alta esfera de las más sublimes concepciones. Cuando el impío desate su torpe lengua, escandalizando con sus palabras á una sociedad creyente, la Inmaculada



Concepcion de María será como la roca inmoble en que se estrellen sus embates, como la palma elevadísima que se inclina y no se troncha, como el cedro del Líbano que no puede romperse. Ella dirá al libre-pensador que las escrituras de Dios están compuestas, segun la admirable expresion de S. Agustin, *de oscuridad y de luz*, esta para descanso de nuestra inteligencia, aquella para prueba de nuestra fe. Ella patentizará que el Misterio es la esencia de la religion, y que pretender desaparezca, vale tanto como exigir de la Divinidad la manifestacion ostensible de sus infinitos atributos. Ella dirá á los hombres de nuestro siglo, tan enorgullecidos con su ciencia y adelantos, que no son ellos los que han encontrado la gracia para el mundo, los que han labrado su fortuna por el progreso de los elementos materiales, sino la singular criatura que halló para los hombres toda la gracia que habia pedido y buscado, en frase de S. Bernardo: *invenisti gratiam utique quam querebas*; que ella es la que mereció y obtuvo la reparacion de todo el universo, *hæc est enim quæ totius mundi reparationem obtinuit, salutem omnium impetravit*; (5) que su Concepcion sin mancha es la condicion indispensable para que de ella nazca el que será llamado *Jesús*, único Salvador, porque no hay posible salvacion en otro, como dice el Apóstol, *non est in aliquo alio salus*, (6) y que, por lo tanto, el Misterio de su Pureza es el que resuelve los grandes problemas que se propone el hombre en sus investigaciones; que todos seremos enseñados de Dios, *docibiles Dei* (7) y que la impiedad y la incredulidad, lejos de sublimar la razon, la prostituyen y la pierden. Tales conceptos, y otros innumerables, se derivan del mismo dogma para confundir la blasfemia de nuestros impugnadores.

Hoy se revuelve la serpiente que de nuevo ha sentido hollada su cabeza por la divina planta de María, cuando bajo su manto se congregan los ancianos de Israel y dictan leyes á la conciencia. Mientras que bajo las bóvedas imponentes del Vaticano, junto al sepulcro del principe de los Apóstoles, renace el espíritu de los Leones y Gregorios, mientras ofrece allí la religion un ejemplo vivo de su poder inmenso, una señal de su vitalidad divina, un anuncio de paz á las naciones; la blasfemia del racionalista no cesa de difundir su veneno, y cual si fuera poco negar la mision divina de la Iglesia, toma el tono del escarnio, apela á las repro-

badas armas de la calumnia, dice que *el Catolicismo trata de robustecer las fuerzas de la teocracia*, y que *el Concilio es un reto que la Iglesia arroja á la civilizacion moderna*. Así se insulta y se escarnece impunemente al sentido católico, y se despliega la bandera contra el Cristo; así la mujer que se sienta sobre la bestia que tiene nombres de blasfemia, trata de enseñorearse del mundo, arrebatándolo á la accion santa y civilizadora del Evangelio.

Mas el arca de la alianza está en el pueblo de eleccion. María es el amparo de los creyentes, y el misterio de su original pureza confundirá á todos los enemigos de la santa causa. ¿Quién lo duda? Se alzar á la Iglesia, brillante y majestuosa como en los dias de su mayor lustre, como en Nicea, en Constantinopla, en Éfeso, como en Calcedonia, en Letran, en Viena, en Lyon, en Trento; dirá á todos los poderes que no hay poder que iguale al suyo, y desmentirá con su paternal solicitud las impías y absurdas aseveraciones que hoy vierten sus adversarios. En medio de las aclamaciones de júbilo, yacerá postrada y temerosa la hedionda figura de la incredulidad, y sobre ella, como lirio entre espinas, como el manzano en las selvas, como la rosa en el valle, como la encendida amapola entre las gualdas espigas, se entronizará la imágen de María; sí, pero María inmaculada, pura; María en su Concepcion sin mancha, símbolo de la fe indestructible, de la caridad ardiente, de la esperanza divina!

El racionalista se conmueve. ¿Será porque un concilio, congregado por la indiccion del mismo Dios, principio de la sabiduría, vaya á limitar su pensamiento? La Iglesia demostrará muy en breve que el impulso de nuestras facultades y el progreso de las ciencias, con el más alto grado de cultura, están en razon directa de la autoridad del dogma y de la sumision de los fieles, como la grandeza de María con sus maravillosas prerrogativas está en razon directa de su humildad profunda y de la correspondencia á los carismas del cielo.

Veamos en el segundo carácter cómo se crea la santidad, extirpando las abominaciones.

II.

Es tan estrecha la union entre los misterios y la moral del Cristianismo, que no ha podido separarlos, por más esfuerzos que para conseguirlo ha probado la escuela positivista. Allí donde está Dios infundiendo en el alma el don sobrenatural de la fe, allí se encuentra la primera y mas excelente de sus emanaciones, que es la virtud del corazon, la santidad, la pureza, ¿y quién duda que esta relacion íntima está encarnada en la esencia de todos los misterios, y que el mundo ha dado testimonio de ella, aun en medio de sus mayores extravíos? ¿Cuándo pudieron divorciarse la religion y las costumbres? ¿Se realizará jamás ese fantástico sueño de los modernos filósofos, en que quieren reconstruir la sociedad y robustecer los lazos en las mutuas relaciones de los hombres, prescindiendo del Evangelio? La historia de las herejías nos lo atestigua: es la historia de las abominaciones, comenzando por Simon Mago, los Ebionitas y los Gnósticos, y concluyendo por las innumerables ramas del protestantismo.

Nuestro siglo, dirán sus entusiastas, tiene virtudes, conoce y respeta lo grande, lo sublime, lo bello; sabe el valor del sacrificio, es justo apreciador de las glorias de la humanidad, y presta homenaje al cristianismo, aun prescindiendo de la autoridad infalible que este ha querido arrogarse. El mundo no está en la infancia, y tiempo es ya de emanciparlo: sabrá ser justo, sin ser católico. Bien, Señores, pero aparte de que todas las nociones de rectitud de que se jacta la civilizacion actual, las debe al Catolicismo, y olvida que las recibió de él, siempre hay derecho á preguntarle: ¿son tus virtudes las virtudes del Evangelio? ¿Sabes negarte á tí mismo? ¿Sabes rendir adoracion á Dios sin insultarle de nuevo, en el hecho de querer confundirte con su naturaleza infinita, á merced de esos sistemas filosóficos, congelados entre las nieblas de Alemania ó los vapores sensualistas del Mediodía, y opuestos á la revelacion cristiana? ¿No se podrá decir de tí lo que de los antiguos paganos, que sus virtudes eran otros tantos vicios, en frase de S. Agustin? *Virtutes paganorum sunt vitia*. El pro-

blema no es dudoso: el incrédulo no puede ser jamás un hombre probo: la sociedad blasfema tiene que ser también una Babilonia abominable. Solo la religión de Jesucristo es fuente de santidad y de virtud, porque guarda el dogma puro, *el misterio*.

Aquí, Cristianos, se nos desarrollan en un magnífico cuadro las dulcísimas enseñanzas del Misterio de la Inmaculada pureza de María, cuyas flores son de honor y de honestidad, *flores mei fructus honoris et honestatis*. (8) La celestial criatura que admiran los querubines y contemplan estáticas las potestades, tiene una plenitud de carismas que se comunican á la humanidad para vivificarla, y que no solo forman la grandeza incomprendible de la hija de Judá, sino que vierten raudales de santidad sobre las generaciones.

En verdad que debía ser llena de gracia, dice S. Jerónimo, la que dió á los cielos la gloria, á la tierra el Señor, paz á los pueblos, fe á las naciones, fin á los vicios, orden á la vida, disciplina á las costumbres. (9) Ella es la ciudad de Dios, de la cual se han cantado maravillas; sus fundamentos están en los montes de santidad, y ama el Señor las puertas de Sion sobre todos los tabernáculos de Jacob. La divina sabiduría, dice el Doctor S. Anselmo, no encontró camino alguno para llegar á la tierra, hasta que infundiendo sus dones en el alma purísima de María, pudo ésta ser el templo de la Divinidad, y mereció que se obrase por ella la santificación del linaje humano. (10) ¡Qué llena de esplendores se muestra en el instante primero de su ser! ¡Obra de la santidad de Dios, obra de su virtud, obra de su poder, y reflejando sobre la creación desde entonces el poder, la santidad, la virtud!

¿Qué veis en la Sulamita, hombres de nuestro depravado siglo, qué veis en la Sulamita sino coros de escuadrones y los hermosos pasos de la hija del príncipe en los caminos de la perfección? Ella es la litera que hizo para sí el Rey pacífico, con las maderas del Líbano, y sus columnas de plata, el reclinatorio de oro finísimo, la subida de púrpura, y el centro cubierto de amor por las hijas de mi pueblo. María, es, en expresión de San Agustín, la escala celestial por donde el Señor baja á la tierra, y por donde los hombres han merecido subir hasta los cielos. Su humildad, según la frase de San Bernardo, es la virtud hermosa que contrasta

con su admirable grandeza, mereciendo por ella las miradas de amor de su Unigénito. ¡Qué prodigio, Señores, la Concepcion sin mancha y la humildad más profunda! ¿No son estos elementos capaces de despertar las fuerzas secretas del espíritu, y enseñarle á buscar lo grande, lo sublime, lo bello y lo perfecto en la humillacion y el sacrificio? ¡Ah, paloma mia! En los agujeros de la peña, en la concavidad de la albarrada, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es muy dulce y tu rostro hermoso: vuélvete á nuestro pueblo y hazle saber el secreto de sus legítimos títulos. Es tú amado el que apacienta el rebaño entre azucenas, entre virtudes y copiosos frutos de santidad, hasta que sople el día y declinen las sombras. Dile que se vuelva hácia nosotros, y que se asemeje á la corza y al enodio de los ciervos sobre los montes de Bethel.

¡Qué espectro tan abominable representa la actual generacion al lado de tan bellas y seductoras armonías! La mujer que se sienta sobre la bestia, y en la cual, segun la interpretacion de San Agustin y San Próspero, están simbolizados los vicios, tiene en su mano la copa de prostitucion. Despues de haber blasfemado contra Dios, llama en su auxilio á las pasiones, quiere que nuestra sociedad sacuda el suave yugo del Evangelio, y al efecto emplea todos los medios de seduccion para engañar y envilecer á sus adoradores. El viejo paganismo obtuvo en los misterios de Venus, Flora, Adonis y Cibeles, el sacrificio del pudor en aras de infandas divinidades. Pero los nuevos atletas de la incredulidad no se satisfacen con volver el mundo á la condicion de que lo sacó el Cristianismo; quieren destruir toda idea religiosa, deterrar la moral santa, sembrar la cizaña en el campo de la Iglesia, y demostrar que así solamente pueden afianzarse los derechos y las libertades de los pueblos. ¡Qué obcecacion tan luctuosa!

¡Desgraciados de vosotros, sectarios del impío fanatismo, desgraciados de vosotros el día que todo resto de virtud desapareciese de la tierra! ¿Dónde cimentaríais el orden de la sociedad, ó sobre qué título habríais de erigir vuestra soberanía? ¿Qué es la fuerza sin el deber, qué es la religion sin la virtud, qué es la autoridad sin el prestigio, qué es un pueblo sin Dios, sin justicia, sin ley? ¿Fabricareis acaso lo que no pudieron los antiguos, lo que no idearon ni Licurgo, ni Solon, ni Platon, ni Marco Tulio,

una sociedad sin leyes, ó unas leyes sin sancion certera? ¿Direis que basta la sancion de la conciencia? Y ¿Qué es la conciencia sin la luz que ilumina sus misterios? ¿Qué es el santuario del alma, cuando dentro no habita el ser de Dios, *la gracia*; cuando no se aspira en su recinto ese divino aroma de la virtud cristiana, único lenitivo al dolor, única esperanza en el infortunio?

Es que el racionalista ha creido degradarse siguiendo por más tiempo la autoridad de la Iglesia: quiere *pensar por sí mismo*, y á esta emancipacion absurda y arbitraria la ha llamado derecho, la ha llamado hasta *civilizacion y conquista de las sociedades modernas*. Pero no le basta desacreditar la fe: es necesario tambien paganizar las costumbres, hacer odiosas las instituciones eclesiásticas, dirigir una mirada al santuario y llamar la atencion de un pueblo ébrio, diciéndole: «hé ahí el óbice de tus adelantos: hé ahí el enemigo implacable de tu grandeza.» La abominacion se propaga, el misterio de iniquidad se realiza, y los escándalos llegan con su voz al cielo. ¡Ah! Sobre esta plaga mortífera llorarán los sacerdotes del Señor, *super hoc plangam et ululabo*: (11) sobre esta soberbia gemirán los ancianos de Israel, porque el impío ha dicho: yo me he formado á mí mismo, *ego feci me metipsum*, (12) yo no conozco ni principio, ni ley, ni moral, ni dependencia. Cántico lúgubre se entonará sobre tí, ¡oh poderoso del Egipto! porque te has asemejado al leon entre las gentes, al dragon que está en la mar, y aventabas con el asta en tus rios, y enturbiabas las aguas con tus piés y hollabas las corrientes.... La Etiopia y la Libia y los Lidios, y todos los pueblos restantes, y Chub, y hasta los hijos de la alianza morirán al filo de la espada. Yo haré cesar los ídolos de Memphis, destruiré los simulacros y sembraré espanto en el pueblo: pondré fuego en Thaphnis y haré juicios en Alejandría: los jóvenes de Heliopoleos y Bubasto desaparecerán de la tierra, y las doncellas irán en cautiverio. El dia se oscurecerá cuando despedaze el cetro del Egipto y falte en ella la soberbia de su poder. Sabrán que soy el Señor, cuando asolare la tierra de ellos, y la dejase yerma á causa de sus abominaciones. *Et scient quia ego Dominus, cum dederó terram eorum dessolatam et desertam, propter universas abominationes suas*. (13)

Pero volved los ojos ansiosos de consuelo al dulcísimo Misterio

de la Concepcion sin mancha de María. En él se representa la salvacion del hombre por el ser sobrenatural de la gracia, reconociendo el dominio de Dios sobre sus criaturas, y derivando de esta nocion fundamental la série de preceptos que, como dorada cadena, nos liga estrechamente al infinito. Á la sombra bonancible del manto celestial de María renacerán en los corazones la humildad, la pureza, la sumision á la autoridad divina del Apostolado, con todos los elementos que han de labrar nuestra justificacion y nuestra gloria, porque desde el instante primero de su ser purísimo es el ideal de la santidad, el modelo acabado de la más perfecta justicia, en quien deberá admirar el hombre la norma de sus destinos.

Ya Jerusalem puede alegrarse, entonando cánticos de júbilo todos aquellos que la aman, porque el *misterio* de santidad ha vencido las abominaciones y prepara un triunfo completo al sobrepujar los últimos esfuerzos del impío en medio de la persecucion.

III.

Á la mujer nefanda que tiene sus manos teñidas con la sangre de los mártires ha de hollar la cabeza la Mujer divina, que se sienta sobre el monte Sion y se muestra *terrible como los escudrones en línea de batalla*. (14) La persecucion de las herejías ha sido sofocada por ella, *cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*: la persecucion á sangre y fuego, durante la era de las catacumbas, fué dominada por su proteccion valerosísima: la persecucion en las luchas de los albigenses encontró en ella su más formidable adversario: la persecucion que suscitó el protestantismo halló en la Virgen Inmaculada el fuerte antemural que se opuso á sus deletéreos principios: la persecucion que suscitan las generaciones actuales en los diversos conflictos porque atraviesa la Iglesia, será tambien vencida por su valimiento. ¿No habeis visto cómo bajo sus auspicios se congrega la más augusta asamblea del universo, que habrá de proteger los grandes intereses religiosos y disponerse á librar el combate contra el comun enemigo? Y ¿qué es esto sino

vencer al mundo? y vencerlo, Señores, en aquello de que más se enorgullece, en la *posesion de la verdad y del derecho*, vencerlo en esa batalla que nos presenta de continuo, cual si fuéramos adversarios de la ilustracion y del saber, y pretendiéramos sepultar la humanidad en el sepulcro del oscurantismo.

Oid por un momento, libre-pensadores. ¿Esperais que «congregados en la antigua Parténope los que vosotros llamais *discípulos de lo verdadero*, los herederos de Galileo, Franklin, Kepler, Newton, los exterminadores de las torturas y de las hogueras, las columnas de la dignidad humana,» esperais, digo, que añadan ni una letra al catálogo de las herejías, ó que levanten esa dignidad desconocida hasta que la predicó el Catolicismo, ó que creen el espíritu de lenidad y de amor que solo se alimenta en el santuario de la caridad cristiana? ¿Pensais que aun consiguiendo todo esto, habrian neutralizado ya la accion sobrenatural de la Iglesia docente, y estorbarian su marcha majestuosa, á través de las vicisitudes del desierto? ¡Qué absurdo! Esos mentidos apóstoles seguirán discutiendo, negando, única tarea en que se empeñaron desde la celebracion del primer concilio de Jerusalem; seguirán vertiendo el veneno de sus abominaciones sobre la heredad del Padre de familia; pero arrebatár á la Iglesia sus títulos, digo más, hacer creer al mundo que son enviados de Dios para regenerarle, ¿cómo? la razon misma filosófica se burlará de esos ridículos adalides que abogan por sus derechos, y en cada uno de los cuales hierve un dogma distinto, un sistema opuesto, una opinion que se mutila y contradice sin llevar rumbo certero.

Pero el reino de Jesucristo no tiene fin, como se le vaticina á María en el momento de anunciarle la plenitud de la gracia: *regni ejus non erit finis*. (15) Y la memoria de María será por eso en generaciones de siglos: *memoria mea in generationes saeculorum* (16) Reinará en la *casa de Jacob*, porque su imperio no se limitará á una ni á dos tribus, á diferencia del de David, sino á todas ellas que tuvieron por origen los hijos del Patriarca; será universal, absoluto, eterno, indestructible, como lo encarecen interpretando este pasaje el P. S. Agustin y el venerable Beda. La Concepcion sin mancha de la Santísima Virgen, que es el prólogo de la Encarnacion con todas sus maravillosas consecuencias, es por lo tanto, el primer signo de la victoria que ha de alcanzar



sobre las persecuciones. De esta Mujer purísima, mas que el alba nacarada y que el rayo fulgurante del sol del medio dia, nacerá el vencedor del mundo, el que habrá de dominar á los pueblos, anunciado con este carácter magnífico en las sagradas letras. *Et peperit filium masculum qui recturus erat onnes gentes in virga ferrea: et raptus est filius ejus ad Deum et ad thronum ejus* (17).

La sangre de los inocentes fué derramada como agua en circuito de Jerusalem; pero esta sangre nutrió el árbol del Cristianismo, y conquistó las glorias y los triunfos de los elegidos de Dios. Diez horribles persecuciones no bastaron para sepultar entre ruinas el sόlio del pescador de Galilea, ni la crueldad de Neron, ni la espada de Diocleciano, ni el ódio de Maximino, ni las calumnias de Celso, ni las burlas de Juliano, ni la ciencia de Alejandría, ni aun el poder del Oriente, que con abusos de proteccion sembró la cizaña en la Iglesia. Mas tarde las herejías, las luchas entre el sacerdocio y el imperio, las violencias de un desenfrenado cesarismo, las controversias escandalosas en el seno de la religion, el cisma de Occidente, la reforma, cien revoluciones, cien guerras fratricidas, allí trastornos, aquí peligros, allí el poder ingiriéndose en la disciplina y viciando la constitucion gerárquica, aquí la separacion, el abandono, á veces la debilidad y la atonía, en algunas partes pavor, luto, muerte, la libertad y el despotismo aliados en nefando consorcio.... nada fué bastante á detener el paso de la Iglesia. Y hoy, á través de tantos obstáculos, perseguida en los países remotos que abjuraron de sus antiguas glorias, diseminada en las regiones del Asia, África, América y Oceanía, en esos continentes vastísimos que recibieron la cruz como primer legado de una civilizacion que les llamaba á compartir su suerte, expuesta por doquiera á los asaltos de un mundo esencialmente corruptor de la fe y conjurado para perderla, ¿cuáles serán sus destinos? Oídlos: á su izquierda caerán mil y diez mil á su derecha; pero á ella no se aproximarán. El Señor está con ella hasta la consumacion de los siglos, y hoy, sentada sobre siete colinas, en medio de las comarcas risueñas que baña onduloso el Tíber, al lado de esas imponentes creaciones que la antigüedad juzgara eternas, sobre la mole de Adriano, sobre las termas de los príncipes, al lado de las columnas del coliseo que disputan su poder á las edades, allí, Señores, sobre tantas glorias que pasaron, sobre tantos se-

puleros de grandeza, sobre una civilizacion que en su postrer suspiro llamó al Norte y lo salvó en la agonía, se alza majestuosa, pura como la doncella de Nazaret, preservada como ella, y como ella eterna, indefectible, diciendo á las naciones: «Venid, y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; Él nos enseñará sus caminos, porque de Sion saldrá la ley, y la palabra divina será pronunciada en Jerusalem.» ¿No la oís? ¡Cómo se derumba al escucharla el monumento de la soberbia! ¡Cómo se embota en la *Piedra* la cuchilla del perseguidor!

Es María la Reina que se presenta á la derecha del príncipe para obtener los honores de esta misma victoria; *astitit regina a dextris tuis in vestitu deaurato; circumdata varietate.* ¿Quién con más títulos que ella, como que sale de la boca del Altísimo, primogénita antes de toda criatura, y hace que nazca la luz indeficiente, y suspende como lámpara en el anchuroso espacio el luminar de la noche? ¡Ah! Las hijas de Tyro la traerán copiosos dones, y los ricos del pueblo suspirarán por su hermosura. *Et filie Tyri in muneribus, vultum tuum deprecabuntur, omnes divites plebis;* porque toda la belleza de esta hija del Eterno es interior, es de su espíritu poseido por Dios desde el principio de sus caminos, y poseido en el tiempo en el primer instante de su ser: *omnis gloria ejus filie regis ab intus.* Las vírgenes de Judá vendrán en pos de ella, y las cercanas á su corazón serán traídas al príncipe, vendrán con alegría y exaltación al templo santo del Rey, á la Iglesia Madre, en que congregados sus hijos en unísono concierto podrán cantar las alabanzas de su libertadora. *Adducentur regi virgines post eam: proximæ ejus afferentur tibi. Afferentur in lætitia et exultatione: adducentur in templum regis.* María, estrella de nuestra esperanza, refugio de los perseguidos, haz de nuevo ostentación del poder inmenso que se te confriera, y á esos que son tus hijos, otórgales, Madre mía, el imperio sobre los pueblos, el gobierno de las sociedades, para afianzar en ellas la doctrina de tu Unigénito, robustecer su dominio, acrecentar su gloria. Así tu nombre vivirá de generación en generación como lo habias anunciado en el himno de tus alabanzas y en el cántico de tu gratitud. *Constitues eos principes super omnem terram: Memores erunt nominis tui: in omni generatione et generationem.*
(18) No dilates tu palabra, te diré con tu siervo Agustín, mira que



los mundos aguardan hoy, como aguardaban tu consentimiento á la salutacion de Gabriel. Allí esperaban la redencion, aquí suspiran por ver desatadas las cadenas de una nueva esclavitud en que gimen bajo el poder de los impíos. Un eco de tu amor libertará á los escogidos, como una frase de humildad selló el decreto de su salud y preparó el cruento sacrificio.

El consejo impenetrable de la divina sabiduría unió siempre á la suerte del Unigénito los destinos de su excelsa Madre. Su Concepcion es un destello de la infinita santidad del mismo Dios, y constituye una gerarquía superior á la de los ángeles de la gloria: en el curso de su existencia, viviendo dentro de la Iglesia católica, es la compañera inseparable de los sufrimientos y humillaciones del Redentor. La herejía asestó siempre contra ella sus tiros, no la perdonó el protestantismo, y más tuvo que merecer de las tiendas de Madian que de los llamados cristianos, porque mientras los sectarios de Mahoma la han rendido culto, confesando su grandeza, hijos degenerados de nuestra religiosa España, en medio de la civilizacion del siglo XIX, han negado su maternidad divina, su virginidad, su pureza; han negado su Concepcion sin mancha, y negaron, Señores, todos estos dogmas dulcísimos, porque son el anatema perenne fulminado contra el sensualismo y la soberbia de una generacion corrompida. Las espinas de la tribulacion han amenazado sofocar el lirio hermoso que levanta su cáliz al Empíreo: las persecuciones han atentado contra la esposa del Divino Espíritu, y el genio del mal aguardó la hora de envolverla en los torbellinos de sus impurezas. Nada pudieron conseguir, porque vive en el corazon de los fieles, vive alimentando la vida de la Iglesia, y al robustecerla contra las persecuciones, se esconde ella misma en el seno de la divinidad, donde no llega ni aun el tumulto del adversario, allí donde el infinito sin fondo y sin medida absorbe la existencia y forma las delicias inefables de sus adoradores.

¿Qué podrá temer el Cristianismo, teniendo por defensora á María Virgen y Madre? Si los israelitas se creyeron invencibles por conducir dentro de sus filas el arca del testamento, ¿qué no deberá esperar la religion llevando siempre en su seno al arca de la nueva alianza? Ella es la mujer á la cual *se dieron dos grandes alas, como de águila* (19) para venir al socorro de sus hijos, y con

ellas vuela en su auxilio. Ella ha querido confirmar este título tiernísimo con que la invoca la Iglesia, *auxilium Christianorum*: ella no se cansa jamás de defendernos, según la bella frase de San German, *non est satietas defensionis ejus*. Si pues la persecucion arrecia, y el enemigo prepara nuevos y más rudos combates, María será el amparo de los creyentes, el faro de esperanza, el puerto de seguridad. El Misterio de su Concepcion purísima verterá á torrentes sobre las sociedades modernas un triple auxilio para exterminar las huestes de nuestros adversarios, confirmará la fe contra la blasfemia, creará la santidad contra la abominacion, alentará la fortaleza para el día terrible del martirio.

Seguid, Ilustres Hermandad y Comunidad religiosa, en las piadosas tareas que os impuso vuestro instituto. Al calor de vuestra devocion se desarrolló esta planta que hoy perfuma con su aroma á la ciudad de los cármenes; y cuando fomentásteis el culto de la Inmaculada, cuando la silla de Pedro otorgó para sublimarla sus bendiciones y sus riquezas, cuando afanosos los hijos de la antigua Ilíberis corrieron á tropel para inscribirse en el número de los siervos y hermanos de María, vosotros merecísteis bien de la Iglesia, añadísteis una página brillantísima á la historia de las asociaciones religiosas, y corroborásteis la fe con el ejemplo en el corazon de la sociedad. No temais: para vosotros será tambien el primer aliento de María en la aurora de su ser purísimo, para vosotros la primera lágrima que nuble sus divinas pupilas, para vosotros su celestial sonrisa cuando en el coro de las vírgenes sienta henchido de amor maternal su corazon y extienda mano benéfica á los mundos.

Y vos, Excmo. Sr., Jefes y Oficiales del Ejército, distinguidas Corporaciones, no olvideis que María es la mujer fuerte que venció á los robustos de Moab y burló los planes de Amalec. Ella ama á los que la aman y protege á sus verdaderos siervos y clientes. Á vosotros está confiada la suerte de los pueblos, y en ese honrosísimo cargo, en el cual ostentásteis siempre tanta dignidad, tanta nobleza, no debeis prescindir nunca del valimiento poderoso de tan excelsa patrona. Miradla, mil escudos penden hoy de esa torre de David, levantada en medio de los campamentos de Jacob, armadura de los fuertes de Israel, de estos *campeones que hasta que se alzó Débora cesaron en el pueblo del Señor*. (20) Su Con-

cepcion os traerá á la memoria el poder inmenso de Dios, con los triunfos que por Él se obtienen y los que alcanzaron nuestros valientes bajo la proteccion de la Inmaculada, os inspirará la virtud del Altísimo, que es el valor propio del cristiano, y sembrará de laureles el camino de vuestra peregrinacion y de vuestros constantes sacrificios.

Aquí tienes á tu pueblo fiel, Madre amorosísima, que congregado en el espíritu de caridad y de fe, acude á tus altares para engarzar en tu esplendente corona la perla de su encendido amor y ardiente gratitud. Tú, que has nacido en la mente del Eterno y componias con Él todas las cosas; Tú, á cuya palabra se fijara el término de los anchos mares y el alto muro que circunvala los abismos; Tú, que visitas los incomensurables espacios, rodeas el giro del cielo y prestas luz á las estrellas; Tú, que en el consorcio misterioso del Divino Espíritu consagrabas en tu persona el corazon de tus futuros hijos, y extendias celeste manto para proteger á su sombra los destinos de la humanidad; Tú, que sentada en trono de zafiros, reverberas tu ideal sublime en la inteligencia del hombre, tu amor en su pecho, tu poder en sus potestades; Tú, que viertes entre torrentes de oro, á través de la niebla del espacio las imágenes apacibles de pureza, caridad, ternura, fe, esperanza y consuelos, y apagas con un hálito la exhalacion de abominables pasiones, dignate hoy confirmar en nosotros las creencias de nuestros mayores, para que á esas celestiales melodías con que ensalzan los serafines tu grandeza, acompañen nuestras voces, como ecos apacibles de conciencias nutridas á tus pechos, abrigadas por tu amor, robustecidas por tu valimiento, y despues de consagrar-te himnos acordes en el lugar de nuestro destierro, entre estas agudas espinas que nunca llegaron á sofocar tu pureza, pero que incesantemente amenazan la vida de nuestra alma, podamos contemplarte hermosa y pura en la celestial Jerusalem, por los siglos de los siglos.—AMEN.

O. S. C. S. R. E.

NOTAS.

- (1) Apoc. XVII, 7.
- (2) I. Corinth. XV, 22.
- (3) Joann. I, 16.
- (4) Explic. de la proph. de Isaie. III, Lettr.
- (5) Serm. de Assumpt. B. Mariae.
- (6) Act. IV, 12.
- (7) Joan. VI, 45.
- (8) Eccli. XXIV, 23.
- (9) Serm. S. Hieronymi Presbyt.
- (10) Sanct. Anselm. De excellentia Virginis.
- (11) Mich. I, 8.
- (12) Ezech. XXIX, 3.
- (13) Ezech. XXX. XXXII. XXXIII, 29.
- (14) Cant. VI, 3.
- (15) Luc. I, 33.
- (16) Eccli. XXIV, 28.
- (17) Apoc. XII, 5.
- (18) Psalm. XLIV.....
- (19) Apoc. XII, 14.
- (20) Judic. V, 7.



NOTAS

- (1) Apoc. XVII, 3
- (2) I. Corintios. IV, 32
- (3) Joann. I, 40
- (4) Epistola de la proph. de Isaias. III, 1. 1. 1.
- (5) Scrit. de Asenaph. B. M. 1. 1.
- (6) Act. IV, 12
- (7) Joann. VI, 45
- (8) Psal. XLIV, 32
- (9) Scrit. de Hieronymi. 1. 1.
- (10) Scrit. de Augustin. De esecutione. 1. 1.
- (11) Apoc. I, 8
- (12) Psal. XLIX, 3
- (13) Psal. XXX, XXXII, XXXIII, 90
- (14) Cant. VI, 3
- (15) Luc. I, 38
- (16) Psal. XLIV, 38
- (17) Apoc. XII, 5
- (18) Psal. XLIV
- (19) Apoc. XII, 11
- (20) Judic. V, 7



MARIA INMACULADA

CORONA POÉTICA

Á LA INMACULADA

VÍRGEN MARÍA.

VERGILII

CORONA POETICA

A LA INMACULADA

VERGEN MARI.

MARÍA INMACULADA.

ÁNGEL de la pureza, de tu aliento
Manda un suspiro á mi profano labio:
Genio de la armonía, á quien acento
Da el sumo Dios omnipotente y sabio;
Tú, que á los piés de su divino asiento
Su nombre cantas sin hacerle agravio;
Tú, que prestas su dulce melodía
Al ave errante que saluda al día.

Tú, que del mar sobre las turbias ondas
Los anchos senos con tu voz halagas,
Y de la selva en las espesas frondas
De auras y vientos el suspiro apagas;
Tú, que entre nubes de celestes blondas
Los aires cruzas y en el éter vagas;
Dame tu voz purísima y sencilla
Y cantaré á la Virgen sin mancilla.

Que es tanta y tanta la inmortal pureza
De su nombre divino y soberano,
Que al adorar el cielo su grandeza
Del poder de su Dios mide el arcano;
Decir no puede su sin par belleza
En su pobre lenguaje el labio humano;
Que cielo y tierra ante sus piés postrada
La aclaman sin cesar ; Inmaculada!

Y así la llaman en la zona ardiente
Do el sol sin nubes poderoso brilla;
Y así la aclaman con piedad ferviente
Del hondo mar en la apartada orilla,
Al eco de su nombre omnipotente
Dobla el hombre asombrado la rodilla,
Del África abrasada en las regiones,
Al salvaje rugir de los leones.

Y en los extensos bosques de Oceanía,
Do lanza el sol su rayo postrimero:
Salve, gritan doquier, *Salve*, *María*,
Respondiendo á la voz del misionero.
Y al despuntar en el Oriente el día,
Y cuando brilla trémulo el lucero,
De Thimor el salvaje, su plegaria
Alza en la virgen selva solitaria.

Y del Asia magnífica en los lares,
Que dulce el ámbar sin cesar perfuma,
La invocan entre plácidos cantares,
Que lleva el viento en la perdida bruma.
Y si al soplo de Dios hierven los mares
Alzando montes de agitada espuma,
El náufrago repite en su agonía
El purísimo nombre de María.

Y los que habitan junto al ancho Nilo,
Y los que el mar de Singapoor navegan,
Y los que al sueño plácido y tranquilo
Entre serpientes sin temor se entregan;
Y los que tienen su ignorado asilo
Donde los rayos de la luz no llegan;
Y los que exponen sin temblar su vida,
Acechando al leopardo en su guarida;

Todos la invocan con ferviente anhelo,
Pura y sin culpa, manantial de amores,
Y escribe Dios su nombre sobre el cielo,
Del iris en los fúlgidos colores:
Y el serafin al agitar su vuelo
Entre nubes de ardientes resplandores,
De uno al otro hemisferio, con fe santa,
Su eterno nombre y su pureza canta.

¿Y cómo no aclamarla con ternura
Inmaculada en tierra y mar y viento,
Si el Dios cuya palabra augusta y pura
Del caos evocara al firmamento,
Y sobre el ancho caos le asegura
Con el poder de su divino acento,
Quiso probar en Ser tan peregrino
La inmensidad de su poder divino?

Y la dotó de gracias singulares;
Cifró en ella su encanto y su alegría;
Que escogida y bendita entre millares
Un Dios iba á decirla, ¡Madre mía!
Y la hizo estrella de los anchos mares,
Luz de su luz, aurora de su día,
Y de su amor en el inmenso abismo
Formarla quiso de su aliento mismo.

Y al dirigir sus ojos inmortales
Sobre la augusta Emperatriz del cielo,
Creada en sus decretos eternos
Libre de culpa y de mundano duelo,
Dijo en su amor: «Los coros celestiales
Reina te aclamen con ferviente anhelo;
Y pues cielos y mundos hermo seas,
En cielo y mundo bendecida seas.

La sin igual pureza de tu frente
Irradie sola en la celeste altura,
Como del rojo sol la llama ardiente
Sola en los cielos su esplendor fulgura;
Y el serafin que adora reverente
La augusta plenitud de mi hermosura,
Y que vela el divino santuario,
de mi suprema Trinidad sagrario;

Inclinado ante Ti doquiera implore
Tu inocencia purísima y sagrada,
Y de rodillas en su amor adore
El celestial fulgor de tu mirada;
Ante tus piés sus dones atesore
La divina virtud inmaculada,
Que tuyos todos son, y más te diera,
Si más tesoros á mi diestra hubiera.

Y el cielo enmudeció; los serafines
Á tus plantas sus alas desplegaron,
Y de Salem los místicos jardines
Sus inmachitas flores te brindaron;
Con infinito amor los querubines
Tu Concepción divina celebraron,
Y Dios, ¡la inmensidad! de poder lleno,
Dejó los cielos y bajó á tu seno.

¡Quién como Tú! Los astros y las nubes
Tu ser adoren y tu nombre santo:
Y en sus himnos de gloria los querubines
Por tí modulen su celeste canto.
¡Quién como Tú! Que hasta los cielos subes
Á darles esplendor, vida y encanto!
¡Quién como Tú! Que en la region del viento
Es la pira del sol tu régio asiento.

¡ Gloria á María! Su pureza cante
Cuanto tiene poder, voz y existencia;
Que aunque el mundo entusiasta y anhelante
No proclamase su divina esencia,
Para afirmarla yo fueran bastante
Mi solo corazon y mi creencia.
¡ Quisolo Dios, y fué! ¡suyo es el dia!
¡ Quién como Dios, que engrandeció á María!

Y la alzó con su mano creadora
Sobre la inmensidad del firmamento:
Es en la eternidad Reina y Señora:
La augusta Trinidad le presta asiento;
Dios, por amor, su excelsitud adora;
El cielo es su escabel, la luz su aliento;
Y el Espíritu Santo con sus alas
Á su dosel eterno presta galas.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Diciembre 16 de 1869.

¡Gloria a María! En purpuradas
 Cuanto tiene poder, vos existencias
 Que aunque el mundo entrase y subiese
 No podria su divina esencia
 Para salirse de los estrechos
 Mi solo con su ternura
 ¡Quiso Dios, y así, y así, y así,
 ¡Quien como Dios, que engrandecido!

Y la alca con su divino
 Sobre la jumentada del firmamento
 Es en la eternidad y sostenida
 La sagrada Trinidad isenta
 Dios, por amor, en excelencia
 El cielo es su escabel, la tierra su altar
 Y el Espíritu Santo con sus alas
 A un dosel eterno presta gloria

Y la alca con su divino
 Sobre la jumentada del firmamento
 Es en la eternidad y sostenida
 La sagrada Trinidad isenta
 Dios, por amor, en excelencia
 El cielo es su escabel, la tierra su altar
 Y el Espíritu Santo con sus alas
 A un dosel eterno presta gloria

Y la alca con su divino
 Sobre la jumentada del firmamento
 Es en la eternidad y sostenida
 La sagrada Trinidad isenta
 Dios, por amor, en excelencia
 El cielo es su escabel, la tierra su altar
 Y el Espíritu Santo con sus alas
 A un dosel eterno presta gloria

ANTE LA IMÁGEN

DE

MARÍA INMAGULADA.

*Ecce tu pulcra est amica mea, ecce tu
pulcra est oculis tuis columbarum.*

AL contemplar tu imágen, Madre mia,
se eleva el corazon, brota la mente
un concierto de voces que elocuente
resuena cual dulcísima armonía.

Porque son tus miradas de pureza
más bellas que las tintas de la aurora,
y el alma arrebatada se enamora
cuando admira tu gloria y tu grandeza.

Se inunda nuestro pecho de dulzura
en un lago de amor santo y bendito,
la mente se trasporta al infinito,
y allí comprende tu eminente altura.

Allí ve las supremas perfecciones
que en tí puso la suma Omnipotencia,
ve al querube postrarse en tu presencia
y humillarse á tu nombre las naciones.

Ve al sol que con pavor su faz oculta
por no enojar tu celestial belleza,
ve al dragon quebrantada su cabeza
que en la impura caverna se sepulta.

Escucha de las vírgenes benditas
el dulce coro que tu gloria canta,
aclamándote Reina sacrosanta
y ensalzando tus gracias infinitas.

Porque á tí no se extiende, Virgen pura,
esa mancha que á todos nos cobija,
el supremo Criador se regocija
de haber formado tan perfecta hechura.

Por eso te sublima á lo eminente
y te llama su esposa más querida,
por eso con su voz de eterna vida
te repite amorosa y dulcemente:

¡Oh! toda eres hermosa, amiga mia,
son tus ojos de cándida paloma,
exhalas de azucenas el aroma,
me encanta de tu voz la melodía.

Aproximate más, querida esposa,
que yo quiero gozarme en tu belleza,
descansa aquí en mi seno tu cabeza.
¡Qué pura te contemplo! ¡Qué graciosa!

Tú fuiste la escogida entre millares,
después de tú engendrada nació el mundo,
porque yo, Dios, en mi poder profundo
quise ornarte con gracias singulares.

La regla general no te ha tocado,
yo te formé con mi divino aliento,
tú estabas en mi santo pensamiento
cuando el mundo se ahogaba en el pecado.

Por tí quise dejar mi excelsa trono
y bajar hasta el hombre corrompido,
por tí su ingratitude piadoso olvido,

por tí le llamo hermano y lo perdono.

Porque en tí tengo puestas ¡oh María!
mis complacencias todas, mi ternura,
y te quise formar tan santa y pura
para hacerte la esposa y madre mia.

Mas... ¿qué esto, Señora? Yo repito
las sublimes palabras del Eterno,
sin pensar que mi labio aun es muy tierno
para hablar de lo grande y lo infinito.

Lo que Dios purifica, no se debe
decir cosa comun; si en mi vehemencia
he faltado olvidando esta sentencia,
deja que al menos mi oracion te lleve.

Deja que llegue hasta tu altar bendito
y que riegue mi llanto el mármol frio,
que lleno de dolor el pecho mio
solicite el perdon de su delito.

Deja, sí, Madre amada, que te implore,
no me niegues tu amparo y tu indulgencia,
tiende á mí tus miradas de clemencia
cuando postrada ante tu imágen llore.

Concédeme, dulcísima María,
que yo siga una senda no torcida,
y que finando mi penosa vida
vaya á hacerte por siempre compañía.

Entonces melodiosos mis cantares
se alzarán publicando tu grandeza,
y allí podré gozar de tu belleza
libre ya de amarguras y pesares.

AMPARO GARCÍA.



SALVE

Á LA VÍRGEN SANTÍSIMA.

CORO.

*Salve, Virgen pura,
Violeta fragante,
Paloma inocente,
Reina Virgen, salve.*

Salve, aurora bella,
Cariñosa Madre,
Fuente cristalina,
Paz de los mortales.

Consuelo del triste,
Fuente inagotable
De paz y ventura,
Tus dones reparte.

Reina de los Cielos,
Torre inexpugnable,
Madre de Dios Hijo,
Hija de Dios Padre.

Hoy tus hijos lloran
En áspero valle,
Y elevan sus ruegos
Á su tierna Madre.

Tu nombre bendigan
Eternas edades,
Y canten tus glorias
El hombre y el ángel.

Óyelos propicia,
Remedia sus males,
Y á tu dulce fruto
Muéstralos afable.

Sálvalos benigna,
Cariñosa Madre,
Sálvalos, que lloran
En áspero valle.

C. NAVARRO Y LOPEZ.

À LA VÍRGEN MARÍA.

VÍRGEN, que los cielos huellas;
Á la luz de tu hermosura,
Es el sol, cual sombra oscura,
Y cual polvo las estrellas;
Tú sola pura descuellas
Libre del mundano cieno;
Tú en el ámbito terreno
Fuiste, cual nieve no hollada,
Al nacer inmaculada,
Y al concebir en tu seno.

Dios te colmó de grandeza
Y puso en tu blanca frente
El sello resplandeciente
De inmarcesible pureza;
Espejo de la belleza
Hizo tu faz casta y pura,
Dió á tus labios la frescura
Del lirio y sus tintes rojos,
Y puso en tus claros ojos
Manantiales de hermosura.

Viniste á las terrenales
Mansiones de gracia llena,
Como brota una azucena
Entre secos pedregales;
Jamás entre los mortales
Nacieron como Tú dos;
Nunca de tu paso en pos
Se alzó la culpa maldita.
Que eras la esencia bendita
Del pensamiento de Dios.

No es el ampo de la nieve
Tan limpio como tu alma,
Ni hay en el desierto palma
Que cual tu gloria se eleve;
Ni el arroyo que se mueve
Murmurando, ni el lejano
Rumor del aire liviano,
Allá en la arboleda umbría,
Tienen la dulce armonía
De tu nombre soberano.

Que al nacer, Dios te bendijo
Y (si no lo prometiera)
Tambien al mundo viniera
Tan solo por ser tu Hijo;
Nazca ya en la tierra, dijo,
La aurora de la beldad;
Y puesto que la maldad
Con su vil yugo la enerva,
Si una mujer la hizo sierva,
Que otra le dé libertad.

Y Tú ¡Misterio profundo!
Virgen fuiste y escogida,
Ora al recibir la vida,
Ora al darla al Bien del mundo;
¡Oh! ¿Qué labio habrá que inmundo
Arroje á tu frente cieno?
¿Cuál corazon habrá lleno
De malicia, que procaz
Encuentre mancha en tu faz
Y tinieblas en tu seno?....

¡Madre! al culpado perdona:
Tambien en la patria mia
Vibra aun la voz impia
Que en tu pureza se encona,
Desceñida la corona,
Roto en girones su manto,
Lo oyó Iberia con espanto,
Y el rubor con sus sonrojos
Cubrió su faz, y á sus ojos
Saltó en raudales el llanto:

No son mis hijos, clamó,
Los que así ultrajan mi fé:
Víboras son, que crié
Incauta, en mi seno, yo;
Raza ingrata, que olvidó
Lo que á Dios y patria debe:
¿Cómo á llamarme se atreve
Su madre? ¡Miente el impio!
Nunca supo un hijo mio
Calumniar torpe y alevé:

Dijo bien; que el que la aureo¹
De la fe empaña villano,
Ni es hidalgo castellano,
Ni tiene sangre española;
Por ella, mi España sola
Del sol cruzó las regiones,
Por ella tuvo campeones
Que fueron en paz y en guerra
Admiracion de la tierra
Y envidia de las naciones.

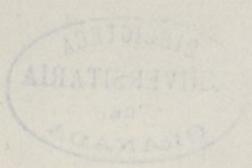
Y á tí ¡oh Virgen! luz del hombre,
Vinculada está su gloria,
Que no hay página en la historia
Donde no brille tu nombre;
Á tí su inmortal renombre,
De sus armas la fortuna
¡Oh, Madre de Dios! se aduna,
Que fué tu enseña sagrada
La que de Oviedo á Granada
Humilló á la media luna.

Luz del pensamiento mio,
Claro sol de las Españas,
Del fondo de mis entrañas
Mi ardiente oracion te envió;
El horizonte sombrío
Con negras nubes se ostenta,
La mar sus olas aumenta,
Nuestra frente el rayo amaga,
Y sobre nosotros vaga
Implacable la tormenta.

¡Oh! miranos placentera,
Compadécete, Señora,
Del pueblo que á tus piés llora,
Y de tí remedio espera;
Él, que tanto te venera,
En ti funda su consuelo;
Haz, hermosa luz del cielo,
Que acabe ya su agonía,
Y en júbilo y alegría
Se torne su amargo duelo.

FRANCISCO DIAZ CARMONA.

Diciembre 16 de 1869.



Á LA INMACULADA VÍRGEN MARÍA.

ROSA de Jericó, la mas hermosa,
De los mortales vida y esperanza,
Del Supremo Hacedor, Madre amorosa,
De su recta justicia la balanza.

Tesoro de virtud y de consuelo,
Más pura que el albor de la mañana,
Joya de bendicion, Reina del cielo,
Escudo fuerte de la fe cristiana.

Virgen Inmaculada, intercesora
Entre Dios y los míseros mortales,
Oye la voz de quien rendido implora
Tu piedad infinita, en nuestros males.

Postrado ante tus piés me hallo de hinojos,
Y humilde elevo mi amoroso canto,
Lágrimas de dolor brotan mis ojos,
Y al alma inspira un sentimiento santo.

Si un incauto en momentos de locura
Ultrajó tu Pureza Inmaculada,
Que conozca su error, y en su amargura
Tiéndele compasiva una mirada.

Misericordia ten, Madre amorosa
De los hijos de España, que aterrados
Protestan de su fe, grande, ardorosa,
Que demandan piedad desconsolados.

Huella de nuevo la infernal cabeza,
Sepulta el vicio, cual lo hiciste un día,
Conozcan tu poder y tu grandeza,
Y cántese el Hossanna, Madre mia.

J. NESTARES Y MENDOZA.

Diciembre 16 de 1869.



